

CAPITULO XLIX

EL CAMINO DE SALVACIÓN

No hay más que un error innato: el de creer que estamos en el mundo para ser felices. Es innato, porque se identifica con nuestra existencia misma, porque todo nuestro ser es su paráfrasis y nuestro cuerpo su monograma, pues no somos más que voluntad de vivir, y lo que entendemos por felicidad es precisamente la satisfacción sucesiva de la voluntad.

Mientras perseveramos en este error, y, sobre todo, si vienen á confirmarnos en él dogmas optimistas, el mundo nos parece lleno de contradicciones. A cada paso, en las cosas grandes como en las pequeñas, experimentamos que el mundo y la vida no están hechos para consentir una existencia dichosa. Para el hombre que no sabe reflexionar, todo se limita al sentimiento de sus dolores reales; mas para el pensador, á los tormentos de la realidad viene á juntarse una perplejidad teórica. Se pregunta por qué, si el mundo y la vida están creados para que seamos felices, corresponden tan mal á su destino. Esta perplejidad se desahoga primeramente en quejas y suspiros. «¿Por qué han de correr en el mundo tantas lágrimas?» exclama el hombre, ó lanza otras lamentaciones semejantes; pero no tardan en despertarse en él, escrúpulos y du-

das respecto á las hipótesis admitidas de antemano en los dogmas optimistas. Trata entonces de achacar la culpa de su desgracia personal, ya á las circunstancias, ya á los demás hombres, ó ya á su mala fortuna ó á su torpeza; hasta llegará á reconocer que todas estas causas combinadas han determinado su desgracia; pero todo esto no alterará el resultado definitivo, que es habérsele frustrado el fin verdadero de la vida, si ese fin consiste en ser dichoso. Estas reflexiones llegan á ser á veces desesperantes, sobre todo en el ocaso de la vida. Por eso la fisonomía de los ancianos suele tener el sello de lo que los ingleses llaman *disappointment*, de la decepción. Además, cada paso que damos en la vida nos enseña que las alegrías y los placeres nos engañan cuando llegamos á alcanzarlos; no cumplen lo que prometían, no pueden satisfacer al corazón, y su posesión es amargada, cuando menos, por los inconvenientes que los acompañan ó que se derivan de ellos, mientras que, en cambio, los dolores y las penas son siempre reales, y exceden muchas veces de nuestros temores.

Se ve, pues, que todo está dispuesto en la vida para desengañarnos de aquel error primero y convencernos de que el fin de la existencia no es la felicidad. Mirándola de cerca y sin prevenciones, la vida se nos muestra como especial y expresamente ordenada para que no seamos felices; toda ella presenta el carácter de algo de lo cual se nos quisiera disgustar y apartar, de un error del que debemos desengañarnos, á fin de que nuestro corazón se cure de la sed de gozar y de vivir y se desvíe del mundo. En este sentido, sería más exacto considerar como fin de la vida el dolor en vez de la felicidad.

Las consideraciones finales del capítulo anterior

muestran que cuanto más padece el hombre, más pronto se acerca á este fin, y cuanto más dichoso vive, más se aparta de él. Esto es lo que dice Séneca al final de su última epístola, en que parece respirar ya la influencia del cristianismo: *Bonum tunc habebis tuum, quum intelliges infelicissimos esse felices.*

El efecto especial que produce la tragedia consiste también, en realidad, en que quebranta aquel error innato, mostrando, con un grande y asombroso ejemplo, la vanidad de las aspiraciones humanas y la inanidad de la existencia. Nos descubre así las honduras ocultas de la vida, y merece, por tanto, ocupar dentro de la literatura, la suprema categoría que se le reconoce.

Cuando por uno ú otro camino volvemos de este error, que nos domina *a priori*, de este *πρωτον ψευδος* de la existencia, vemos con otra luz todas las cosas, y el mundo se nos presenta en armonía, si no con nuestros deseos, con la noción que hemos adquirido de él. Las desdichas, cualesquiera que sean sus proporciones y su índole, pueden hacernos padecer, pero no nos asombran, pues sabemos ya que el dolor y la aflicción tienden á realizar el fin propio de la vida, es decir, á apartar de ella á la voluntad. Esta misma convicción da al hombre en todas las circunstancias de la vida una calma maravillosa, comparable á la docilidad con que un enfermo soporta los dolores de un largo y penoso tratamiento, porque son para él síntomas de la eficacia del remedio. El dolor se nos revela claramente como el verdadero destino de la existencia humana. La vida está sumida en él, y no puede eludirle; entramos en el mundo con lágrimas; el curso de la existencia es trágico las más de las veces, y su término más todavía. No se puede menos de ver en esto cierta intencio-

nalidad. Por regla general, la fortuna trastorna todos los proyectos del hombre, en el instante mismo en que parece que va á tocar la meta de sus esfuerzos y anhelos. Desde entonces su existencia toma un tendencia trágica, propia para ahogar en él esa voluntad de vivir, de la cual es un fenómeno individual cada ser humano, y para permitirle abandonar sin pena la vida y sus placeres.

El dolor es un medio de purificación que, en la mayoría de los casos, basta por sí sólo para santificar al hombre, es decir, para hacerle abandonar el errado camino de la voluntad de vivir. Por eso, los libros de edificación cristiana hablan tan frecuentemente de la eficacia de la cruz y del dolor, y con razón se hizo de la cruz que simboliza la «pasión» y no la acción, el simbolo de la religión cristiana. El *Eclesiastés*, judío aún, pero filosófico, dice ya muy exactamente: «La tristeza vale más que la risa, pues la tristeza corrige el corazón» (VII, 4). Al calificarle de *δευτερος πλοης*, he presentado al dolor como un sustitutivo de la virtud y la santidad, dentro de cierta medida; pero no vacilo en declarar osadamente que, bien mirado todo, en interés de nuestra salvación y de nuestra emancipación debemos esperar más de nuestros dolores que de nuestras obras. Este es el sentimiento que expresa Lamartine en estos hermosos versos de su himno al dolor:

*Tu me traites sans doute en favori des cieux,
Car tu n'épargnes pas les larmes à mes yeux.
Eh, bien! ye les recois comme tu les envoies;
Tes maux seront mes biens, et tes soupirs mes joies.
Je sens qu' il est en toi, sans avoir combattu
Une vertu divine au lieu de ma vertu,
Que tu n'es pas la mort de l'ame, mais sa vie
Que ton bras, en frappant, guerit et vivifie.*

Si el dolor tiene de por sí esa virtud santificadora,

esta misma virtud deberá tener, y en grado mayor, la muerte, que es el mayor de los dolores. Por eso experimentamos delante de un muerto un respeto análogo al que nos inspira el espectáculo de un gran dolor; cada caso de muerte se nos aparece casi como una apoteosis ó una canonización. No podemos contemplar el cadáver de un hombre sin respeto, por poco respetable que fuese en vida, y cosa curiosa que debe consignarse: los soldados le presentan las armas.

La muerte es, en realidad, el fin propio de la vida; es la hora en que se cumple aquello para lo cual toda la vida fué preparación y preludio. Es el resultado, el resumen de la vida, una suma, que nos da en conjunto la enseñanza que la vida ofrece diseminada día por día; esta lección es que toda aspiración que se manifiesta en la vida, es cosa superflua, vana y contradictoria y que rechazarla es un paso para la emancipación. La relación que hay entre la lenta vegetación de la planta y su fruto, que produce de una vez y multiplicado lo que aquélla realiza solo por fragmentos imperceptibles, es semejante á la que media entre la vida con sus dilaciones, sus esperanzas frustradas, sus proyectos fracasados y su dolor perpetuo, y la muerte que de una vez lo destruye todo, absolutamente todo lo que el hombre quería y corona así las enseñanzas sacadas de la vida. El curso completo de su vida sobre el cual echa una ojeada el moribundo, ejerce sobre la voluntad objetivada en aquel individuo que se extingue, una influencia análoga á la que produce un motivo en la conducta humana; le imprime una dirección nueva que constituye el resultado esencial y moral de la vida. Como la muerte repentina no nos deja tiempo para esa ojeada retrospectiva, la Iglesia la considera como una desdicha que debemos pedir al

cielo aparte de nosotros. Y como este retorno sobre lo pasado, al igual que la previsión cierta de la muerte, sólo son asequibles al hombre y no al animal, puesto que son fruto de la razón; como el hombre es, en realidad, el único ser que apura el cáliz de la muerte, se desprende de ahí que la humanidad es el único grado en la escala de los seres donde la voluntad puede negarse y desasirse completamente de la vida. Cuando la voluntad no se niega, cada nacimiento le añade una nueva inteligencia, diferente de la anterior, hasta que llegue una que reconozca cual es la naturaleza real de la vida y renuncie á ella.

Cuando las cosas siguen su curso natural, á medida que la vejez avanza, con el decaimiento del cuerpo sobreviene el de la voluntad. La sed de deleites desaparece fácilmente, al par que la facultad de gozar de ellos. La fuente del más violento querer, el foco constituido por el instinto genésico, es el primero en desaparecer, lo cual coloca al hombre en una situación que tiene muchas relaciones con el estado de inocencia en que se hallaba antes del desenvolvimiento del sistema genital. Se desvanecen las ilusiones que nos hacían tomar por bienes deseables vanas quimeras, y viene á ocupar su puesto el conocimiento de la inanidad de los bienes terrestres. El egoísmo es reemplazado por el amor á los niños y con este sentimiento el hombre empieza á vivir más en el *yo* de otro, que en su propio *yo*, que pronto va á dejar de existir. Este es, por lo menos, el curso deseable de las cosas; la *eutanasia* de la voluntad. Mirando esta perspectiva se ordena á los brahmanes que han vivido ya los mejores años de su vida, abandonar sus bienes y su familia y hacer vida de anacoretas (*Manú*, B, 6). Pero si, por el contrario, el deseo sobrevive á la facultad de gozar,

el hombre echa de menos los placeres que no disfrutó en la vida en vez de reconocer su vanidad é inanidad; si á los objetos hacia los cuales se enderezan los deseos humanos y de los cuales no puede ya gozar, los sustituye con su representación abstracta: el dinero, que despierta en él las mismas arrebatadas pasiones que despertaron en otro tiempo, de un modo más excusable, los objetos mismos del goce real y si á pesar de la muerte de los sentidos este deseo se vuelve hacia un objeto inanimado pero indestructible con codicia también indestructible; ó bien si lo que representa el hombre en la opinión de los demás, viene á reemplazar para él en la ancianidad lo que es y lo que ha hecho en el mundo real y enciende en su corazón las mismas pasiones en éstos hombres, ya sea en forma de avaricia, ya en forma de ambición, el querer se refina y sublima y, al mismo tiempo, se refugia en su última ciudadela, de la cual sólo la muerte podrá desalojarle. El fin de la existencia ha fracasado.

Estas consideraciones sirven para explicar mejor lo que en el capítulo anterior he llamado *δεύτερος πλους*, es decir, la purificación, la conversión de la voluntad y la liberación que producen los dolores de la vida, por un camino que es sin duda alguna el más frecuente, pues es la vía de los pecadores, y todos los hombres lo somos. El otro camino que conduce al mismo resultado cuando el hombre reconoce y se apropia luego los dolores de todo un mundo, es el estrecho sendero de los elegidos y los santos, vía excepcional y rara. Sin la primera no habría para la mayor parte de los hombres esperanza de salvación. Sin embargo, nos negamos á seguirla y trabajamos con todas nuestras fuerzas para crearnos una existencia tranquila y agradable, con la cual encadenamos cada vez más estrechamente la vo-

luntad á la vida. Los ascetas hacen lo contrario; no mirando más que su fin verdadero y último, llevan voluntariamente una vida pobre, dura y apartada de todo goce. Pero el destino y la marcha del mundo velan mejor que nosotros mismos por nuestro interés y cuidan de desbaratar constantemente nuestros proyectos de dicha, cuya locura nos advierten claramente la brevedad de la existencia, su inconstancia, su inanidad y su terminación por la muerte; siembran nuestro camino de cardos y de espinas, y nos impone á cada paso el saludable dolor, panacea de nuestra miseria. Lo que da á la vida su carácter singularmente equivoco, es que en ella hay dos tendencias principales, diametralmente opuestas, que chocan á cada momento: una la de la voluntad individual dirigida hacia una dicha quimérica, en el seno de una existencia efímera, engañosa y que tiene algo de ensueño, en la cual, con relación á lo pasado, dicha y desdicha no representan ya nada, y en que al par de esto, el presente se transforma incesantemente en pasado; otra la de la fortuna, demasiado visiblemente dirigida contra nuestra felicidad, y, por lo mismo, hacia la mortificación de la voluntad y el aniquilamiento de la ilusión que nos tiene encadenados al mundo.

La creencia generalmente profesada, en particular por el protestantismo, de que el fin de la vida se encuentra única y directamente en las virtudes morales, muestra su insuficiencia en el mero hecho de ser tan escasa entre los hombres la moralidad pura y verdadera. No hablo de las virtudes más elevadas, de la generosidad, de la grandeza de alma y de la abnegación, con las cuales difícilmente tropezamos fuera del teatro y de las novelas; sino de aquellas virtudes que son un deber para todos. Cualquiera hombre que haya

pasado de la juventud, no tiene más que recordar las personas con quienes ha estado en contacto; ¿cuántas habrá hallado verdaderamente honradas?

Hablando con verdad, casi todas eran lo contrario, á pesar de la hipocresía con que aparentan escandalizarse los hombres de la más ligera sospecha de maldad y hasta de mentira. Vil egoísmo, codicia sin límites, malicia hipócrita y por añadidura odio envenenado y diabólico goce en el mal del prójimo, son los sentimientos que dominan tan universalmente entre los hombres que las excepciones son objeto de admiración. La caridad, ¿llega á dar siquiera lo superfluo para que no haya necesitados? ¿Es en estas raras y débiles huellas de moralidad donde podemos colocar el fin de la existencia? Pongámosle, por el contrario, en la conversión total de nuestro ser (pues él es quien da tan tristes frutos), conversión producida por el dolor, y veremos entonces cómo toma otro aspecto cuanto nos rodea y aparece en armonía con la realidad de las cosas. La vida se nos presenta como un baño de purificación, cuyo ingrediente más eficaz es el dolor. Cuando la operación está terminada, deja como residuo impuro la inmoralidad y la maldad pasada, y entonces se cumple lo que anuncia el Veda: *Finitur nobis cordis, dissolvuntur omnes dubitationes ejusque opera evanescent.* El décimoquinto sermón de Meister Eckhard está en perfecta armonía con estas ideas; merece ser leído.

CAPITULO L

«EPIFILOSOFIA»

Al terminar la exposición de mis ideas, debo emitir aquí algunas consideraciones sobre mi filosofía. Como he advertido, ésta no pretende explicar la existencia del mundo hasta en sus últimos principios; se detiene en los hechos de la experiencia interna y externa, que están al alcance de cada cual y muestra su verdadero encadenamiento íntimo, sin pasar más adelante ni recurrir á las cosas supramundanas y á sus relaciones con el mundo. Mi filosofía no formula, pues, conclusiones sobre aquello que está fuera de toda posibilidad de experiencia; ni explica más que aquello que nos presentan el mundo exterior y la conciencia íntima, contentándose con concebir el mundo dentro de los límites de su encadenamiento interior consigo mismo. Mi es, filosofía pues, *inmanente* en el sentido kantiano de la palabra.

Esto hace que deje muchas cuestiones en suspenso, como, por ejemplo, la de saber por qué los hechos que mi teoría demuestra son así y no de otro modo, etc. Semejantes preguntas, ó, mejor dicho, sus respuestas, son transcendentales; lo cual quiere decir que no podemos asimilárnoslas por medio de las formas y fun-